La colonia del agua por turnos

Shyvirelle · Relatos Cortos

Cada tarde, en la colonia de Albor, la vasija de las algas daba un cuarto de vuelta. No era una ceremonia: al girarla, las hileras que habían pasado horas a la sombra recibían la luz de las lámparas solares. Al día siguiente volverían a cambiar de posición. Si se respetaban los turnos, la cosecha crecía sin que un solo lado acaparara la claridad.

Lía llevaba el registro de los giros. Teo se ocupaba de revisar el agua. Trabajaban juntos desde hacía meses, pero aquel día dejaron de hablarse antes del relevo.

—Has bajado el nivel —dijo Teo desde la ventana del costado norte.

—Está en la marca de ayer —respondió Lía, al otro lado.

Él veía el borde luminoso del líquido dos divisiones más abajo que la víspera. Ella lo veía una división más arriba. Ninguno había tocado la llave de drenaje. En una colonia donde el agua debía circular muchas veces antes de desecharse, la acusación de gastar a escondidas pesaba más que una discusión de trabajo.

La vasija era un cilindro alto, protegido por una cubierta transparente. En su interior llevaba una lámina flexible que dejaba pasar la luz y separaba dos zonas de cultivo. Sobre la lámina se había pintado una raya azul que servía para comprobar el nivel cuando, al final de cada ciclo, quedaba horizontal y apoyada sobre dos topes rígidos. Era una referencia sencilla, pensada para los cuidados diarios, no para medir durante el giro.

—No moví el agua —dijo Lía—. Giré la vasija como acordamos.

—Precisamente después de tu turno apareció esa diferencia.

Teo abrió el libro de registros. El día anterior habían anotado la misma cifra desde una única ventana. Esa mañana cada uno había mirado desde un costado distinto, con la vasija aún en su posición de iluminación. Ninguno había escrito desde dónde observó.

Lía propuso repetir la lectura sin tocar las válvulas. Teo aceptó a condición de que no se modificara el nivel antes de terminar.

Pegaron en el marco exterior dos tiras de referencia, una en cada ventana, y fotografiaron las rayas desde puntos señalados en el suelo. La línea azul interna se veía alta desde el sur y baja desde el norte. La superficie del líquido, oscurecida por las algas, no podía distinguirse con claridad a través de la pared.

Lía observó que la raya no era perfectamente recta. Bajaba en el centro como una tela tirante que se hubiese mojado.

—La estamos leyendo como si estuviera quieta —dijo.

—¿Y no lo está?

Se acercaron al plano de mantenimiento. La lámina estaba sujeta por su contorno, pero solo recibía apoyo completo de los topes cuando quedaba horizontal. En la posición de iluminación, casi vertical, el agua ejercía presión sobre ella; más abajo, donde había más profundidad, la empujaba con más fuerza. La película cedía un poco y arrastraba la raya pintada. Mirada a través de ventanas opuestas, la curva parecía dar dos alturas diferentes.

—Si la lámina se dobla, se dobla nuestra regla —dijo Teo.

Lía dibujó las dos posiciones en una hoja. No dibujó una fuga; dibujó la referencia que habían confundido con el agua.



Dos posiciones de la vasija ficticia: lectura horizontal válida y lectura inclinada que no debe utilizarse.

Esperaron a que terminara el tiempo mínimo de iluminación. Después, con el mecanismo detenido y ambos delante, giraron la vasija hasta que la lámina descansó horizontal sobre sus topes. La raya azul volvió a quedar recta. Las dos lecturas coincidieron con el registro del día anterior.

Para no depender de la lámina, conectaron además el pequeño tubo transparente de comprobación al punto de inspección de la vasija. El tubo estaba fijado a un soporte rígido, con su referencia nivelada y la presión compensada como indicaba el equipo. Cuando el agua se estabilizó, la lectura del tubo confirmó que no faltaba líquido. Tras el siguiente turno, la vasija volvió a la posición horizontal. La raya se había curvado durante el giro, pero el tubo dio la misma lectura al volver a medir.

Teo quitó de la pizarra la anotación «posible pérdida». Escribió otra, más larga: «Lectura inválida con lámina inclinada. Comprobar con referencia rígida antes de acusar una disminución».

—Te dije que habías gastado agua —murmuró.

—Y yo pensé que estabas inventando la lectura para quitarme el turno —respondió Lía—. Los dos miramos un lugar distinto y creímos mirar lo mismo.

No borraron las cifras contradictorias. Las dejaron en el libro, acompañadas de un dibujo, la posición exacta de la vasija y el procedimiento de comprobación. Si volvía a ocurrir, nadie tendría que escoger entre confiar en una persona o desconfiar de otra: habría un modo de probarlo.

Cuando llegó la tarde siguiente, Teo esperó a que Lía terminara la lectura horizontal. Después, juntos, hicieron el cuarto de giro. Las algas del costado oscuro recibieron su turno de luz y la raya azul volvió a curvarse detrás del cristal. Esta vez no intentaron medir el agua con ella.